

## XII

## Rosas de invierno.

El contrato de matrimonio del coronel de Solignac con la condesa de Farges, debía firmarse, en el hotel de Farges, la misma noche del día fijado para la union de Chambaraud con la señorita de la Rigaudie.

Desde por la mañana todo estaba en movimiento en el hotel de Farges. Los criados iban, venían y corrían. Se esperaba por la noche al emperador, que, después de haber firmado el contrato que le llevarían á las Tullerías, debía honrar con su presencia la fiesta que daba el señor de Navailles por el matrimonio de su nieta.

—¡Solignac hijo de un convencional!—había dicho Napoleón.—En último resultado, siempre se ha de ser hijo de alguien, como dice Beaumarchais, y el presente caso no me disgusta, porque Solignac personifica la extinción de los antiguos odios. ¡Además, casándose con la condesita, atrae el *Faubourg Saint-Germain*, que continúa reservado, á nuestra corte! ¡A ese

majadero de Navailles quizás le nombre senador!

Solignac era inmensamente feliz. Lograba la realización de su sueño, y después de tantas aventuras, su vida iba á terminar por la más completa calma.

Ya era hora que llegase el desenlace para el hermoso coronel. Todas las emociones que acababa de experimentar le habían abatido, y cuanto más energía desplegaba para soportarlas, más vivamente le herían. La bala no perdonaba y cada temor ó cada alegría, se convertía para Solignac en un dolor punzante ó de ahogo, pero de todos modos cruel.

Al saber el próximo matrimonio de Solignac, Dupuytren movió la cabeza con disgusto.

—¡Demonio! tened cuidado—le dijo,—no estais libre de vuestra maldita herida y vais á tentar á la suerte. ¡Pero tal vez tengais razón y la alegría sea un buen remedio.

Si el coronel era feliz, Agostino Ciampi, fuera de sí, sentíase dominado por una rabia sorda. Teresa se había vuelto loca y Luisa iba á ser esposa de otro. Todo se le escapaba á la vez, pero sobre todo, aquella fortuna tan ansiada. A pesar de sus esfuerzos, de su audacia y de sus crímenes, las sucesivas maquinaciones del marqués habían ido á parar... ¿a qué? ¡A una derrota ridícula y, por fin, había sido suplantado por aquel rival, al que no había podido arrancar la vida!

Dominaba la ira á Agostino, y en sus incessantes reflexiones, el tan cauteloso y prudente



siempre, llegaba á perder la razon y buscar algun medio terrible para ganar aquella partida, empeñada, por decirlo así, contra la suerte.

—No ya es el oro que este hombre me arrebató lo que echo de menos—se decía;—es la idea de verme burlado y vencido lo que me irrita.

Le parecía que había de experimentar tan intensa alegría al vengarse de Solignac como al casarse con Luisa.

¿Vengarse? ¿Cómo y en qué? Todo estaba arreglado. El día del matrimonio, se había fijado ya. Pero, ¿y si justamente ese día fuese el designado por Ciampi para herir á su rival? ¿Y si Enrique de Solignac despues de haber escapado al tiro y al veneno hallase un nuevo peligro, una mano armada con un puñal ó un lazo bien preparado? ¿Por qué no?

—Una sola razon me impide hacerlo—pensaba Ciampi—el miedo de que me prendan. Si pudiera combinar matemáticamente esa tentativa suprema de modo que tuviera asegurada la fuga, ¿había de vacilar un momento? ¡No, *per-Dio!*

Y seguía cavilando.

Agostino poseía en aquel entonces una suma bastante importante, cuya procedencia no había podido confesar en alta voz. Judas también había cobrado el precio de la sangre. Quizás los filadelfos habían muerto para asegurar al marqués de Olona los medios de huir. Aquel dinero de la traición, quería el marqués que le sirviera para asegurar su venganza.

La mañana misma del día en que debía fir-

marse el contrato, Agostino Ciampi había hecho sus maletas, tomado un pasaporte y arreglado todas sus últimas disposiciones.

Se le había visto entrar muy pálido en el hotel que habitaba Andreina.

—Vengo á despedirme de ti — dijo á su hermana, más pálida que él todavía.

—Bueno. ¡Adios!

Y permaneció inmóvil.

—¿Vas á quedarte en Paris, *sorella!* — la preguntó.

Andreina le miró con aire extraño y con un acento raro, irónico, desgarrador, y sin embargo, alegre:

—Sí—le contestó;— es probable que me quede para siempre en Paris.

—¿No has terminado tu mision?

—¿Qué mision?—dijo la jóven.

—La que te encargó la reina Carolina...

—¡Ah!—exclamó Andreina—¿qué me importa la reina ni qué me importa Nápoles? ¡Malditos sean! La ciudad y la reina que han hecho de mí una espía! ¡Ojalá no las vuelva á ver jamás! Y, en último resultado, no depende de nadie más que de mí el que así sea!

Agostino quiso insistir, pero no pudo ni una palabra más. Entónces se alejó:

—¡Hasta la vista!—dijo.

—¡Adios!—repuso Andreina rompiendo bruscamente el silencio.

—¿Me dejarás partir sin desearme algo feliz? Andreina se echó á reír.

—¿Desearte algo á ti?—dijo.—Si te empeñas



voy á hacerlo: ¡que el remordimiento nazca por fin en tu alma, y que te arrepientas, si es posible, Agostino, envenenador, asesino y cobarde!

Ciampi palideció y quiso avalanzarse á ella.

—¡Bah! en medio de todo soy ingrata. Me has dado el veneno que hay en esta sortija y te debo el ser dueña de mi destino. Gracias, Agostino.

Luego le miró con un aire casi terrible, y añadió:

—Gracias, y vete.

Agostino salió, arrojado por un gesto imperioso de la desgraciada, que quedó sola y pensativa, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, mirando fijamente al vacío.

Veía toda su vida pasada llena de fantasmas, y un nombre, un mismo nombre siniestro y amenazador resonaba en sus oídos: ¡Octavio! ¡Octavio!

—¡El también—dijo en voz alta—murió de amor!

Echóse á reír de nuevo dolorosamente.

—¡Y yo que le trataba de cobarde!...

Luego, cambiando de tono y con un profundo suspiro:

—¡Pues bien, sí, era un cobarde! ¡Un hombre puede sufrir, la mujer debe morir!... ¡Nosotras las condenadas de la vida!

Maquinalmente fijó sus miradas en las flores que adornaban su habitación, en grandes canastillos. Rosas del Japon y hortensias aparecían con su color rosa pálido, rodeando una de esas flores del magnolia que José Banks había acli-

matado pocos años antes, en 1789, en Inglaterra.

La magnolia, rozagante y bella, con el blanco cáliz abierto en medio de sus hojas de un verde fuerte barnizadas y hermosas, habían esparcido en el salón de Andreina, los días anteriores, una embriaguez penetrante, un perfume excitante y pesado, pero ya la flor de leche se había vuelto amarilla y hajada; sus pétalos se desprendían y de toda la gracia y belleza del día anterior no quedaban sino algunas tristes hojas y el último aroma de un perfume que se disipaba.

—¡Esto es justamente el amor! —dijo Andreina.

Cogió la magnolia y la dejó caer al suelo, luego llamó.

—¡Que vayan á comprarme rosas!—dijo con extraña sonrisa.

¡Rosas! La hacían recordar aquel ramo de ellas que había arrojado al hermoso Solignac el día de la revista, delante de todo el mundo. ¡Qué lejos estaba aquel querido día!

Después se puso á contemplar, no los floridos canastillos, sino su dedo, en el que brillaba la sortija que encerraba la muerte.

Durante aquel largo día de invierno, la desgraciada permaneció de aquel modo, rígida, semejante á una estatua, pero á una estatua que oía ó creía oír á través de los cristales el ruido de los preparativos de la fiesta en el vecino hotel del señor de Navailles.

Chambaraud y la señorita de la Rigaudie se habían casado aquella mañana. La solterona se



había adornado de un modo brillante y había querido que todos los de su casa lucieran las libreas de gala.

—¡No quiero nada clandestino—había dicho;—el acontecimiento me parece que vale la pena de que se admire!

El mayordomo, señor Fournier, empolvado, coqueton, de calzon corto y media de seda, como toda la servidumbre de la señorita de la Rigaudie, formaba un contraste curioso con Plantade vestido de paño, como si la víspera hubiese llegado del Limosin. Julia estaba radiante de alegría: por fin había conocido el secreto del señor.

—Decid del ciudadano—interrumpía Plantade sin temor de desagradar al señor Fournier, que se hacía cortésmente el sordo.

Chambaraud, recién afeitado, de corbata blanca, frac azul con boton dorado, calzon color de manteca y chaleco blanco, parecía haber rejuvenecido quince años.

—¡Caramba!—decía Julia guiñando los ojos;—¡me parece que la señorita de la Rigaudie aun debe hallarle guapo! ¡A ella la ha curtido el sol como á una aldeana, pero el señor se ha conservado, puedo decirlo en voz alta, como una jamaona de buen ver. ¡Verdad es que yo le guiso hasta allí!..

Y se besaba la punta de los dedos. Julia no se olvidaba nunca de sí misma cuando hacía la apoteosis de su amo.

Cuando Sylvan Chambaraud subió para ir á la alcaldía en el mismo carruaje que la señorita

de la Rigaudie, mas de una maliciosa mirada se cruzó entre los invitados y la servidumbre de las dos casas.

—Por el camino recordarán el pasado, antes de pronunciar el famoso *et*—dijo sonriendo uno de los criados de la señorita de la Rigaudie á Plantade.

Este le contestó secamente:

—Harán lo que quieran.

Si los bromistas hubiesen oído la conversacion de los dos esposos, hubiesen quedado muy sorprendidos. Quizás su emocion era demasiado fuerte y trataban de evitar el hablar del pasado; lo cierto es que su conversacion versaba sobre los trabajos del campo en noviembre, el cómo se habian de engordar los hueyes, los trabajos de invierno y la cosecha de las castañas. ¡Sí, en efecto, de esto era de lo que hablaban!

Y hablaban sin pensar en lo que decían, para evitar—pobres infelices separados por la vida—una efusion que hubiera sido conmovedora treinta años antes, pero que entonces habria sido ridicula. Ella la recordaba la frase de Fenelon de que la agricultura es el fundamento de la vida humana, y ella movía la cabeza como contestando: «¡Así es!» Pero el pensamiento de ambos estaba muy lejos, en la época en que se reconocieron en Solignac, antes de todos aquellos dramas y aquellas decepciones de que estaba llena la existencia de los dos.

—En otro tiempo Estela y Nemorino,—pensaba irónicamente la señorita de la Rigaudie.—y ahora Filemon y Beaucis!..



Términada la ceremonia legal, el carruaje salió de la alcaldía conduciendo á los recién casados, ella convertida en la señora Chambaraud y él con derecho de decir: *mi mujer* al hablar de aquella cuya imagen habia ocupado su vida.

Y mucho más turbados entonces, ya no se hablaban.

—Ya hemos llegado á mi casa—dijo la señorita de la Rigaudié, aunque el carruaje aun tenia que andar bastante antes de llegar al hotel. ¡Hasta la noche, en casa de la señora de Farges!

—Hasta la noche—dijo Chambaraud.

Ella le alargó la mano y permanecieron así algo más tiempo de lo que hubieran querido. Estaban conmovidos.

—¡No es un mal hombre este regicida!—pensaba la señorita de la Rigaudié al separarse de él.

Y Chambaraud:

—La vida está mal arreglada. Lo que hoy es un deber legal en otro tiempo hubiese sido eso que todos persiguen y pocos alcanzan: la felicidad.

Delante del hotel de la Rigaudié, la multitud era numerosa y llena de simpatía. En Paris como en el Limosin, todos querian á la señorita de la Rigaudié. Saludáronla cuando bajó del carruaje y hasta no faltó quien gritó: «¡Viva la ciudadana Chambaraud!»

—Se le figura á éste que me complace—pensó la ex solterona.—¡Ciudadana! ¡Bah! ¿y qué? ¡A todo se acostumbra uno! Y además, no es nin-

gun insulto, sino un hecho, puesto que ¡vive Dios! soy ya la mujer de un ciudadano!

Sylvan Chambaraud volvió á su casa de la calle de Postas. Aquella morada, tan silenciosa de costumbre, estaba desconocida. Teresa, inquieta, mirándolo todo con sus grandes ojos negros, escuchando las menores palabras, espionando los menores gestos, iba silenciosamente de Julia á Plantade y de Plantade á su tío; pero por uno de esos privilegios irónicos de la alienación mental se daba cuenta de todo, y como si fuera una niña, se habia sobreexcitado repentinamente ante la idea de que el coronel Solignac se casaba y deque en el hotel de Farges habia una fiesta.

—¡Una fiesta!—decia—¡una fiesta!

Y repetía esta palabra sonriendo, con una sonrisa que daba á su rostro una espresion de dolor aún más intensa.

—¡Una fiesta!

La joven miraba á su alrededor, buscando un adorno, cintas, alhajas, y, con movimientos hasta cierto punto respetuosos, tocaba el cinturon de seda blanca, manchado de sangre, hallado en el cadáver de Riviere, y repetía con su eterna y triste sonrisa:

—¡Es un verdadero adorno esto! ¡El último recuerdo de mi Claudiol... Nunca se separará de mí este cinturon... y me enterrarán con él... ¡Claro que sí, porque la verdad es que soy coqueta!

Y besaba con locura aquel pedazo de seda manchado de rojo.

En el hotel de la calle Mont-Blanc, el rechazo

BIBLIOTECA DE FIBERO LEON  
"ALFONSO PÉREZ"  
1910. 1625 MONTREY, MEXICO



de aquellas emociones se hacia notar de un modo especial. El Sr. Lanjallais ponía mala cara, pero en el fondo, el señor de Navailles no estaba descontento. Quizás pensaba, en su interior, que los principes legítimos tardaban mucho en volver y le halagaba la noticia que acababan de participarle.

Napoleon, al presentarle el contrato de boda para que lo firmara, había preguntado:

—¿Qué títulos tiene el señor de Solignac?

—Señor... ¡Solignac es coronel!

—No hablo de sus grados—había dicho el emperador,—hablo de sus títulos, ó mejor dicho, de su título.... El coronel Enrique Chambaraud es también baron de Solignac!

Y al firmar, el emperador había escrito de su puño y letra ese título.

—¡Baron del imperio! En último caso—decía el señor de Navailles,—puesto que ya he hecho concesiones, no me disgusta que sea en favor de un baron, por más que sea hijo de un convencional.

El señor Lanjallais, escuchando al anciano marqués, se contentaba con suspirar.

—En fin—proseguía el señor de Navailles,—sopla un viento de locura que emborracha. ¡Esta es la Rigaudié que se *chambaraudiza!*... ¡Valiente mujer! Yo hubiera amado á esa mujer... hace treinta años.

—¡Ojalá os hubiéseis casado con ella, señor marqués!—murmuró Lanjallais desolado.—De ese modo la hubiéseis evitado semejante desenlace.

—¡Bah! lo que ha de suceder, sucede. Voy siendo de la opinion de *Jacobo el Fatalista*... ese personaje de Voltaire...

—¡De Diderot, señor marqués!

—¡De uno ó de otro qué me importa! Ello es que ya está hecho. Cuando el vino está servido hay que beberlo. La píldora está preparada, hay que tragarla. A propósito, señor Lanjallais, no os olvideis esta noche de que saquen la vajilla de plata con mis armas. Quiero demostrar á estos barones de la noche á la mañana que los Navailles no son nobles de ayer.

—¡Ay! ¡señor marqués de mi alma, haceis bien en demostrar esto, porque segun van las cosas ya no les quedará á los verdaderamente nobles de raza más que el recuerdo del pasado!

—Por lo menos eso no lo podrán tener nunca los de nuevo cuño — repuso el marqués despidiendo á Lanjallais con un gesto.

En su hotel, sola con sus pensamientos, cuya creciente amargura la causaba fiebre, Andreina había permanecido muchas horas muda é inmóvil, conservando en su mano el ramo de rosas que había pedido y le habían traído, y mirándole con estraviados ojos, como si su vida entera estuviese encerrada en aquel puñado de flores.

—Quiero morir respirando estas rosas—pensaba.—Es el aroma que prefiero.

Y aspiraba aquel perfume embriagador, pensando en las rosas de Pastum que Octavio la llevaba en otro tiempo y que éste se habría convertido en polvo, que el viento habría llevado, quién sabe donde.



—Estas rosas también morirán—se decía mirando las que tenía en la mano—¡y, sin embargo, vivirán más que yo!

Y repetía: *¡mas que yo!* pareciéndole que en estas simples palabras hallaba una dulce voluptuosidad.

De repente se levantó y, colocando las flores en un jarrón de cristal veneciano lleno de agua, las contempló todavía un momento.

Las rosas bañadas en aquel jarrón de cuello amarillo y asas blancas, revivían esparciendo su perfume; entre ellas las había de todas clases, pero eran hijas del invierno, flores ficticias de invernadero. Los pétalos de las rosas té, semejantes á mejillas sin sangre, se abrían con timidez. Otras, rojas, más brillantes, se abrían como labios sanguíneos que pidiesen besos. Los capullos se ahogaban dentro de su verde prisión. Alrededor de las rosas las hojas frescas, sanas, de esplendente color, revelaban la vida, y de aquel ramo salía un perfume embriagador que hacía pasar bajo los cabellos de Andreina un estremecimiento de voluptuosidad.

—¡Sí, esto es la vida y es el amor—exclamó bruscamente,—pero no puede compararse con la profunda alegría de la muerte!

Luego llevó febrilmente sus pálidos labios á la sortija en que Agostino había encerrado el veneno, apretó el resorte y bebió con delicia, como si aquellas gotitas hubiesen contenido para ella el infinito.

Entonces sintióse más tranquila, serena y casi feliz.

—¡Ya está!—dijo con indecible expresión de alegría.—¡Ya soy libre!

Recostóse en un sillón, apoyando su cabeza sobre el respaldo, en el que sus magníficos cabellos la formaban un almohadón de raso negro, y cerró los ojos como para dormir.

—¡Con tal de que este sueño no tenga pesadillas!—pensó entonces con terror, como el soñador de Shakespeare.

Experimentaba una verdadera voluptuosidad en cerrar los ojos y sentirse morir, diciéndose que aquel sueño ya no tenía despertar.

—Qué locos somos en no buscar antes este desenlace—se decía.

De repente una idea loca, una de esas ideas que se convierten en dueñas absolutas de nuestro ser, se apoderó de ella, la despertó y la puso de pie, pálida, febril, enloquecida. ¡Iba á morir y no volvería á ver á Solignac! ¡Nunca, nunca más! ¿Allá arriba quizás? ¿Pero que hay allá arriba? Y, sin embargo, quería volver á verle, quería aparecer por última vez á sus ojos, no como una mujer, sino como un espectro y decirle:

—¡Enrique, Enrique, acuerdate de Andreina como Andreina se ha acordado de Octavio!

¿Pero como ir, en plena recepción de familia, entre aquella multitud, á casa de Luisa? ¿Y por qué no?

—¿Qué voy á arriesgar—se decía—puesto que me muero? ¡Ah! ¡sí, las conveniencias!

Y se echó á reír.

—¡Las conveniencias! ¡la sociedad! ¡Todo esto



se juzga en su exacto valor cuando la muerte está cerca!... ¡Si, voy á ir; si, voy á verle! ¡Quiero verles á los dos! ¡Quién sabe, puesto que soy culpable, ese será mi castigo!

Cogió del jarrón veneciano, el ramo de rosas y aspiró su perfume con avidez, como si hubiera querido respirar todavía la vida antes de su último sueño.

## XIII

## Marcial Castroret.

El hotel de Farges estaba resplandeciente. Veíanse en él multitud de grandes dignatarios del imperio y aquel contrato de matrimonio tomaba realmente la importancia de un acontecimiento. La popularidad del coronel del regimiento de Bercheny, el favor que gozaba Luisa de Farges con el emperador, la nobleza del señor de Navailles, y lo extraño de aquella union entre el ex-convencional Chambaraud y la señorita de la Rigaudie, todo contribuía á dar á aquella fiesta un interés y un brillo extraordinarios.

Mariscales, damas de honor, el duque de Otranto, la generala de Berruis, Cambaceres, el señor Bernier, las señoras de Abrantés, Regnault de Sain-Jean d' Angely y muchas más recorrían los salones del hotel iluminados y rebosando de alegría. Enrique de Solignac era tan profundamente feliz que tenía miedo de aquella felicidad, demasiado completa, según decía, para ser duradera.

—¡Recordais, Luisa,—dijo á la joven conde-